

Vocación de Mateo

Mateo 9, 9-13



Hola. Yo soy Mateo. Soy un apóstol de Jesús. Te voy a platicar del día que Jesús me vio. Jesús acaba de sanar a un paralítico, cuando al pasar me ve. Yo estoy sentado en el despacho de impuestos, pues aunque soy judío, trabajo para los romanos recolectando los impuestos.

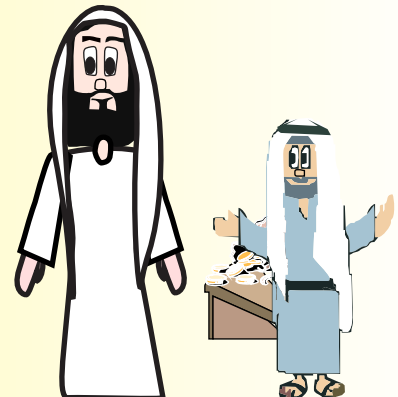
A los que hacemos eso, los judíos nos llaman publicanos. Y tenemos fama de cobrar siempre más de lo que nos deben pagar. Por eso muchos judíos no me quieren, pues sienten que soy un traidor. Por eso, no quieren acercarse a mí. Y mucho menos, quieren ser mis amigos.



Pero Jesús no piensa así. Por eso me dice: «Sígueme». Yo me levanto y lo sigo.

No me pongo a ver todo lo que dejo por seguir a Jesús, pues siento tanto amor de su parte, que no quiero dejar escapar esta oportunidad.

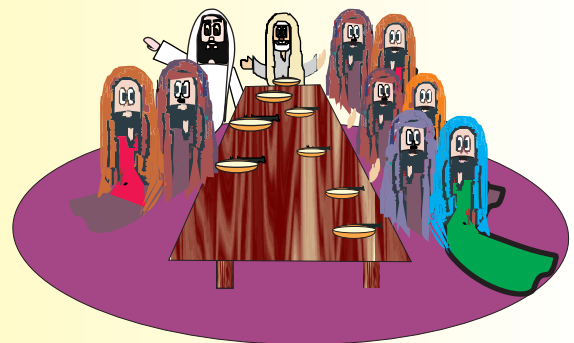
Jesús no me acepta por ser bueno, sino que me ama como soy, y me llama a ser bueno. Por eso, quiero invitarlo a mi casa a comer. Invitar a alguien a comer, no solo es organizar una buena reunión, sino es que se vuelva como de nuestra familia. Es como decirle, yo quiero ser tu amigo, ¿tú también quieres ser mi amigo?



Y ¿qué crees? Jesús acepta la invitación. Como yo siento que Jesús transformó mi vida, también invito a otros amigos publicanos. Yo quiero que todos conozcan a Jesús.

Cuando Jesús está a la mesa en mi casa, vienen muchos publicanos y también muchos pecadores, y se sientan a la mesa con Jesús y sus discípulos.

Los fariseos consideran pecadores, no solo a los que hacen cosas malas, sino también a los que no cumplen con los 613 preceptos de la Ley. ¿Verdad que son muchos?





Por ejemplo, consideran pecadores a los pastores, a los que cuidan los camellos, a los arrieros, a los comerciantes y claro, a los recolectores de impuestos.

Los fariseos al ver que Jesús se hace amigo de estas personas, les dicen a los discípulos: “¿Por qué come su Maestro con los publicanos y pecadores?”

Pero Jesús, al oírlos, les dice: «Los sanos no tienen necesidad de Médico, sino los enfermos. Vayan pues, y aprendan qué cosa es: Misericordia quiero, y no sacrificio, porque no he venido a llamar justos, sino pecadores».

Jesús nos enseña que muchos hemos puesto las cosas al revés.

Muchos se preocupan por lo de afuera, en lugar de ver y cuidar lo de adentro.

Jesús les dice que ha venido por los pecadores. Por los que reconocen con humildad sus pecados, los detestan y se corrigen. Y no por los justos, esto es, por los que se creen sanos y justos, aunque por dentro su corazón tenga corrupción, orgullo e hipocresía.

Dios prefiere el sacrificio interior del corazón, que el exterior.

¿De qué vale cumplir, si no lo hago con amor? ¿De qué valen los sacrificios si no los hago por amor?

Por eso, lo primero: es saber que Dios nos ama. Y porque lo amamos, hacemos el bien y llevamos el amor de Dios a todos los que lo necesitan, sobre todo a los pecadores.

¿Hay alguien en tu familia a quien tú puedas llevarle el amor de Dios?
Hazlo ahora mismo.

Erika M. Padilla Rubio



Aprendiendo de los animales



El perro San Bernardo es el más grande y fuerte de todos los perros. A través de la historia muestra, miles de veces, su gran fuerza, su inteligencia, su perseverancia y su lealtad. Y lo hace en medio del peligro y de condiciones que las personas no pueden soportar.

El San Bernardo viene del Mastín Tibetano. Cuando se domestica lo llevan a Nepal, la India y China. También a Siria, Babilonia y Grecia. De ahí a Roma. Y de Roma, al resto de Europa.

El San Bernardo adulto, macho, mide de 70 a 80 centímetros de alto y pesa entre 60 y 70 kilos. La hembra mide de 60 o 65 centímetros de alto y tiene un peso de 50 a 55 kilos.

Su pelaje es corto, casi siempre es blanco con manchas de color café en varios tonos. El pelo corto es una adaptación a su nuevo entorno, pues así puede sacudirse la nieve que le cae encima, en vez de ser atrapado por ella.



Cuenta la historia, que allá por el año mil, hay un joven noble que se llama Bernardo de Menthon. A él le gusta mucho subir a los picos nevados de los Alpes suizos. Y manda construir un refugio para que los viajeros que van de una ciudad a otra, puedan protegerse del frío y del viento. Pues muchas veces los vientos y las tormentas de nieve, los atrapan y no los dejan avanzar. A veces hasta quedan casi enterrados en la nieve.

Gracias a ese refugio y a la perseverancia de Bernardo y su gente, que salen en busca de los viajeros perdidos, muchos de ellos se salvan.

Después de la muerte de Bernardo de Menthon, el refugio lo atiende una comunidad de monjes, conocidos como los Monjes de San Bernardo. Ellos siguen salvando a los viajeros de los Alpes.

Entre 1650 y 1670, los monjes deciden ayudarse en el rescate, por algunos de los perros que tienen en el convento y que muestran las aptitudes para enfrentar las dificultades de la nieve y las condiciones del clima de los Alpes.

Estos perros, se ganan la confianza de los monjes y de todos los que viven por ahí. Pues pueden encontrar a las personas perdidas en la nieve, y con gran valor, las buscan en las grietas y los precipicios, donde las personas no pueden llegar. Excavan en la nieve con gran fuerza hasta liberar a las personas y sacarlas de la zona de peligro. Los jalan hasta un lugar seguro donde se quedan cuidándolos. Y los calientan con su propio cuerpo, mientras el equipo de rescate llega a ayudar.

Cuando los monjes ven el cuidado que los perros tienen con las personas que rescatan, se les ocurre atarles al cuello una barriquita de cognac o aguardiente. Así, el viajero, que está casi muerto de frío, puede calentarse un poco con el licor, mientras llegan a recogerlo.

Por eso, el perro San Bernardo, siempre trae un barrilito atado al cuello.

Su fama crece tanto que se les empieza a llamar “Perros de San Bernardo”. Y con el tiempo, su crianza da lugar a la raza que se llama: San Bernardo.



Tú y yo, también tenemos que estar siempre listos para ir en busca del que está enfermo, triste o en problemas. Vamos a llevarle el amor de Dios que lo rescata, para que así pueda creer en Jesús que lo salva. Y cuando sienta el amor de Dios, va a querer cambiar y entrar al Reino de Dios para vivir una vida feliz y llena de alegría.

José Luis Padilla De Alba



Cuando te sientas enojado, triste, o solo. En lugar de irte lejos de Dios, siéntate en este banquito y recuerda que Dios desde siempre te conoce y te ama.

Entra a: <https://www.palabayobra.org/shop>

